



## Fecundidad

José María Gabriel y Galán

I

Mucho más alto que los anchos valles,  
honda vivienda de la grey humana,  
mucho más alto que las altas torres  
con que los hombres a los siglos hablan;  
mucho más alto que la cumbre arbórea,  
llena de luz, de la colina plácida;  
mucho más alto que la alondra alegre  
cuando en los aires la alborada canta,  
mucho más alto que la línea oscura  
que hay de la sierra en la fragosa falda,  
donde empieza el imperio de las fieras  
y las conquistas del trabajo acaban...  
Allá, en las cumbres de las sierras hoscas,  
allá, en las cimas de las sierras bravas;  
en la mansión de las quietudes grandes,  
en la región de las silbantes águilas,  
donde se borra del vivir la idea,  
donde se posa la absoluta calma,  
su nido asientan los silencios grandes,  
el tiempo pliega sus gigantes alas  
y el espíritu atento  
siente flotar en derredor la nada...;  
allá, en las crestas de los riscos negros,  
cerca del vientre de las nubes pardas,  
donde la mano que los rayos forja  
las detonantes tempestades fragua,  
allí vivía el montaraz cabrero  
su tenebrosa vida solitaria,

melancólico Adán de un paraíso  
sin Eva y sin manzanas...  
Las sierras imponentes  
le dieron a su alma  
la terrible dureza de sus rocas,  
la intensa lobreguez de sus gargantas,  
las sombras tristes de las noches negras,  
la inclemencia feroz de sus borrascas,  
los ceños de sus días cenicientos,  
las asperezas de sus breñas bravas,  
la indolencia brutal de sus reposos  
y el eterno callar de sus entrañas.  
Jamás movió la risa  
los músculos de acero de su cara  
ni ver dejaron sus hirsutos labios  
unos dientes de tigre que guardaban.  
Un traje de pellejo,  
que hiede a ubre de cabras  
y suena a seco ruido  
de frágil hojarasca,  
cubre aquel cuerpo que parece un diente  
del risco roto de la sierra parda.  
¡Oh! Cuando tenue en las rocosas cumbres  
la aurora se derrama  
sus ámbitos tiñendo  
de dulce luz violácea,  
ya el solitario en el peñón la espera  
mirando a Oriente con quietud de estatua;  
viva estatua musgosa  
que siempre a solas con el tiempo habla;  
esfinge viva que plegó su ceño  
porque la vida le negó sus gracias,  
porque azotó la soledad sus carnes,  
porque el reposo congeló su alma...  
Y luego, cuando abajo  
se muere el día de tristeza lánguida  
y se ponen las peñas de las cimas  
tristemente doradas,  
y luego grises, y borrosas luego,  
y al cabo negras, con negruras trágicas,  
mirando hacia Occidente,  
donde aguda granítica atalaya  
recibe inmóvil el Adán salvaje  
la noche negra que la sierra escala...  
¿No habrá creado Dios un sol que rompa  
la noche de aquel alma  
y en luz de aurora fructuosa y bella  
le bañe las entrañas?

## II

Bajó una tarde de las altas cumbres,  
vagó errabundo por las anchas faldas  
y se asomó a la vida de los hombres  
desde la orilla de las breñas agrias.  
Subió otra vez a su salvaje nido,  
tornó a bajar a la vivienda humana,  
y ya movió la risa  
los músculos de acero de su cara,  
y sus dientes de tigre, descubiertos,  
dieron reflejo de marfil y nácar,  
y el hosco ceño despejó la frente,  
y se hizo dulce y mansa  
la dulzura feroz, brava y sañuda  
de aquel mirar de sus pupilas de ágata...;  
cortó un lentisco y horadó su tallo,  
pulió sus nudos y tocó la gaita,  
y oyó por vez primera  
la sierra solitaria  
música ingenua, balbuciente idioma  
que al hombre niño le nació en el alma.  
¡Cantó la estatua al declinar la tarde!  
¡Cantó la esfinge al apuntar el alba!  
Y una que trajo de color de oro  
mayo gentil espléndida mañana,  
con sol de fuego que arrancó resinas  
de las olientes montaraces jaras,  
e hizo bramar al encelado ciervo  
junto al aguaje en que su sed templaba,  
e hizo gruñir al jabalí espantoso,  
e hizo silbar a las celosas águilas  
que por encima de los altos riscos  
persiguiéndose locas volteaban...;  
una mañana que vertió en la sierra  
toda la luz que de los cielos baja,  
todas las auras que la sangre encienden,  
todos los ruidos que el oír regalan,  
todas las pomas que el sentido enervan,  
todos los fuegos que la vida inflaman...;  
por entre ciegas madroñeras húmedas,  
por entre redes de revueltas jaras,  
por laberintos de lentiscos vírgenes  
y de opulentas madre selvas pálidas,  
y de bravíos vigorosos brezos,  
y de romero cuyo aroma embriaga,  
el solitario montaraz subía  
rompiendo el monte con segura planta  
y abriendo paso a la cabrera ruda

que vio del monte en la fragosa falda,  
y fue a buscar a la vecina aldea  
cual lobo hambriento que al aprisco baja.  
En derecha al nido de la cumbre  
radiante de alegría la llevaba.  
Eva morena, de las breñas hija  
y de ella locamente enamorada,  
iba a la cumbre a coronarse sola  
reina de la montaña.  
Como membrudo corredor venado,  
rompe el cabrero las breñosas mallas;  
como ligera vigorosa corza,  
de peña en peña la cabra salta.  
Corren así temblando de alegría,  
cuantas parejas por la tierra vagan,  
pero ninguna tan gentil y noble  
subiendo va cual la pareja humana,  
que amor le dice que la altura es suya,  
porque es del rey el elevado alcázar,  
y es para el lobo la maraña negra  
de la húmeda garganta,  
y es para el feo jabalí el pantano  
donde el camastro enfañga,  
y es para el chato culebrón la grieta  
de ambiente frío y tenebrosa entrada...

### III

Y vi una tarde el amoroso idilio  
sobre la cima de la azul montaña;  
un sol que se ponía,  
una limpia caseta que humeaba,  
una cuna de helechos a la puerta  
y una mujer que ante la cuna canta...  
Y el hombre en su peñasco  
tañendo dulce gaita  
que va atrayendo hacia el dorado aprisco  
los chivos y las cabras...

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

